

IX

Al pasar la tierra, me reconocí completamente sano de mi anterior enfermedad. La influencia sin duda de aquel hermoso país, el vivo sol, el viaje, el ejercicio, equilibraron al punto las fuerzas de mi cuerpo, y respiraba con desahogo, andaba con soltura, sin sentir malestar alguno en mis heridas. Todo rastro de dolor ó debilidad desapareció, y me encontré más fuerte que nunca. Nada de particular hallamos durante nuestro tránsito por las nuevas poblaciones, á no ser la inquietud alarmante y los preparativos de defensa. En La Carolina y en Santa Elena escaseaban mucho los hombres, porque la mayor parte habían ido á incorporarse á la legión formada por D. Pedro Agustín de Echevarri, partida cuya base fueron los valerosos contrabandistas del país. Quedaba, no obstante, en los desfiladeros de Despeñaperros bastante gente para detener todos ó la mayor parte de los correos, y en varios puntos, apostadas las mujeres ó los chiquillos en lo escabroso de aquellas angosturas, avisaban la proximidad del convoy para que luego cayeran sobre él los hombres. También advertimos gran abandono en los primeros campos de pan que se ofrecieron á nuestra vista; y en algunos sitios las mujeres se ocu-

paban en segar á toda prisa los trigos todavía lejos de sazón. Cerca de Guarromán vimos grandes sementeras quemadas, señal de que había comenzado allí su oficio la horrible tea del invasor.

Hasta entonces no había ocurrido ninguna colisión sangrienta entre imperiales y andaluces. Estos, al ver que de improviso, por entre los romeros y lentiscos de la sierra, desfilaban aquellos soldados de la fábula, tan hermosos y al mismo tiempo tan justamente engreídos de su valor, no volvieron de su asombro sino cuando los vieron desaparecer camino de Córdoba, y solo entonces, sintiendo requemadas sus mejillas por generosa vergüenza, cayeron en la cuenta de que el suelo patrio no debía ser hollado por extranjeras botas. Los franceses encontraron el país tranquilo, y creyeron llegar felizmente á Cádiz; pero bajo las herraduras de sus caballos iba naciendo la yerba de la insurrección. Aquellos corceles no eran como el de Atila, que imprimía sello de muerte á la tierra, sino que por el contrario, sus pisadas, como un toque de rebato, iban despertando á los hombres y convocándoles detrás de sí.

Llegamos por último á Bailén, y explicaré por qué nos detuvimos en esta villa algunos días. Allí residía el ama de Marijuán, quien al presentarse á ella nos rogó que le acompañásemos, y esta apreciable señora, que era Doña María Castro de Oro de Afán de Ribera, Condesa de Rumbiar, nos recibió con tanto agasajo, nos ponderó de tal modo la ruindad de las posadas y ventas de la villa, que no tuvi-

mos por conveniente hacernos de rogar, y aceptamos la hospitalidad que se nos ofrecía. La casa era grandísima y no faltaba hueco para nosotros, ni tampoco excelente comida y bebida de lo más selecto de Montilla y Aguilar.

—A estas horas—nos dijo la Condesa,—los franceses deben haber empeñado una acción con el ejército de paisanos que dicen salió de Córdoba para defender el paso del puente de Alcolea. Si ganan los españoles, los franceses retrocederán hacia Andújar, y como han de estar muy rabiosos, cometerán mil atrocidades en el camino. No conviene que salgan ustedes de aquí, á no ser que tengan intención, como mi hijo, de incorporarse al ejército que se está formando en Utrera.

No eran necesarias tantas razones para convencernos. Nos quedamos, pues, en la ilustre casa; y ahora, señores míos, con todo reposo voy á contaros puntualmente lo que recuerdo de aquella mansión y de sus esclarecidos habitantes, destinados á figurar bastante en la historia que voy refiriendo.

El palacio de Rumbler era un caserón del siglo pasado, de feísimo aspecto en su exterior, pero con todas las comodidades interiores que alcanzaban los tiempos. Las altas paredes de ladrillo; las rejas enmohecidas y rematadas en cruces; los dos escudos de piedra obscura que ocupaban las enjutas de la puerta, cuyo marco apainelado y con vuelta de cordel parecía remontarse á fecha más antigua que el resto de la casa; las dos ventanas angreladas junto á un mirador moderno; el farol

sostenido por pesada armadura de hierro dulce, en cuyo centro se retorcián algunas letras iniciales y una corona dibujadas con las vueltas del lingote; las guarniciones jalbegadas alrededor de los huecos; los pequeños vidrios, las celosías, y la diversidad y variedad de aberturas practicadas en el muro, según las exigencias del interior, le asemejaban á todas las antiguas mansiones de nuestros grandes, bastante desprendidos siempre para gastar en la fábrica de los conventos el gusto y el dinero que exigían las fachadas de sus palacios. Por dentro resplandecía el blanco aseo de las casas de Andalucía. Tenía gran sala baja, capilla, patio con flores, habitaciones con zócalo de azulejos amarillos y verdes; puertas de pino, lustradas y chapeadas; gran número de arcones, muchas obras de talla, cuadros viejos y nuevos, algunas jaulas de pájaros, finísimas estereras, y, sobre todo, una tranquilidad, un reposo y plácido silencio que convidaban á residir largo tiempo en aquella mansión.

Hablemos ahora de la familia de Afán de Ribera, ó Perafán de Ribera, que en esto no están acordes los cronistas. Ocupará el primer lugar en esta enumeración reverente la señora Condesa viuda Doña María Castro de Oro de Afán, etc., aragonesa de nacimiento, la cual era de lo más severo, venerando y solemne que ha existido en el mundo. Parecía mayor de cincuenta años, y era alta, gruesa, arrogante, varonil; usaba para leer sus libros devotos ó las cuentas de la casa, unos grandes espejuelos engastados en gruesa armazón de plata, y ves-

tía constantemente de negro, con traje que á las mil maravillas á su cara y figura convenía. Aquella y ésta eran de las que tienen el privilegio de no ser nunca olvidadas, pues su curva nariz, sus cabellos entreceños, su barba echada hacia afuera, y la despejada y correcta superficie de su hermosa frente, hacían de ella un tipo cual no he visto otro. Era la imagen del respeto antiguo, conservada para educar á las presentes generaciones.

Tendrá el segundo lugar su hijo, joven de veinte años, niño aún por sus hábitos, su lenguaje, sus juegos y su escasa ciencia. Era el único varón, y, por tanto, el mayorazgo de aquella noble casa, cuyo origen, como el del majestuoso Guadalquivir, se remontaba á las fragosidades de la Sierra de Cazorla, donde los primeros Afán de Ribera hicieron no sé qué hazañas durante la conquista de Jaén. El joven D. Diego Hipólito Félix de Cantalicio había sido educado conforme á sus altos destinos en el mundo, bajo la dirección de un ayo, de que después hablaremos, y aunque era voluntarioso y propenso á sacudir el cascarón de la niñez, arrastrando por el polvo de la travesura juvenil el purpúreo manto de la primogenitura, su madre le tenía metido en un puño, como suele decirse, y ejercía sobre él todos los rigores de su carácter. Verdad es que el muchacho, con su instinto y buen ingenio, había descubierto un medio habilísimo para atacar la severidad materna, y era que cuando su ayo ó la Condesa no le hacían el gusto en alguna cosa, poníase los puños en los ojos, comenzaba á regar

con pueriles lágrimas los veinte años de su cuerpo, y exclamaba: «Señora madre, yo me quiero meter fraile.» Estas palabras, esta resolución del muchachuelo, que de ser llevada adelante, troncharía implacablemente el frondoso árbol mayorazguil, difundía el pánico por todos los ámbitos de la casa. Procuraban todos aplacarle, y la madre decía: «No seas loco, hijo mío. Vaya, puedes montarte á caballo en la viga del patio, y te permito que lo pongas al gato las cáscaras de nuez en sus cuatro patitas.»

A estos dos personajes seguirán forzosamente las dos hijas de la Marquesa: dos pimpollos, dos flores de Andalucía, lindas, modestas, pequeñas, frescas, sonrosadas, alegres, sin pretensiones, á pesar de su nobleza, rezadoras de noche y cantadoras por la mañana; dos avejillas que encantaban la vista con el aleteo de su inocente frivolidad y de cierta ingenua coquetería, de ellas mismas ignorada. Eran pequeñas como el reseda; pero como el reseda tenían la seducción de un aroma que se anuncia desde lejos, pues al sentirles los pasos se alegraba uno, y su proximidad era aspirada con delicia. Asunción y Presentación eran dos angelitos con quienes se deseaba jugar para verles reír, y para reírse uno mismo del grave gesto con que enmascaraban sus lindas facciones cuando su madre les mandaba estar serias. La de menor edad era destinada al claustro, y mientras acariciaba Doña María la grandiosa idea de ponerla en las Huelgas de Burgos, se acordó que tomara las lecciones necesarias pa-

ra ser doctora, por lo cual el ayo de su hermano había empezado á enseñarle la primera declinación latina, que aprendió en un periquete, encontrando aquello muy bonito. La primera, esto es, Asunción, no tenía necesidad de aprender nada, porque era destinada al matrimonio.

Y por último, no quiero dejar en la obscuridad al ayo del joven D. Diego. Llamábanle comunmente D. Paco, y era un varón de gran sencillez y moderación en sus costumbres, aunque algo pedante. Estaba él convencido de que sabía latín, y citaba á veces los autores más célebres, aplicándoles lo que estos desgraciados no pensaron nunca en decir. ¡A tales imputaciones calumniosas está expuesta la celebridad! También se preciaba D. Paco de enseñar á sus discípulos acertadamente la historia antigua y moderna, aunque sabemos por documentos de autenticidad incontestable, que en sus explicaciones nunca pasó más acá del arca de Noé. Era, sí, muy fuerte en la vida de Alejandro el Grande, y podemos asegurar que poseía en altísimo grado un arte que no á todos los mortales es dado cultivar con regular acierto. D. Paco era un gran pendolista, que pudiera competir con esos colosos de la caligrafía, Torío el Sublime y Palomares el Divino, y hasta con el moderno Iturzaeta; habilidad que en parte había transmitido á su discípulo, pues las planas del heredero de Rumbler llenaban de admiración al señor Obispo de Guadix cuando iba á pasar unos días en la casa. Además, D. Paco era un hombre excelente, y temblaba de miedo delante de la Condesa

cuando ésta le achacaba las faltas del niño. Vestía de negro, siempre en traje ceremonioso, aunque no nuevo, usando asimismo peluca blanca, rematada en descomunal bolsa. A los forasteros huéspedes nos trataba con mucha dulzura, porque la hospitalidad—decía—fué don particular de los pueblos antiguos, y debe ser practicada por los presentes para enseñanza de los venideros.

X

El patrimonio de aquella casa era bueno, aunque muy inferior al de otras familias de Andalucía y de Castilla; pero contaba la Condesa con que sería de los primeros de España luego que su hijo heredara el mayorazgo de unos parientes por línea colateral, que carecían de sucesión directa. Para facilitar esto, Doña Marfa concibió un proyecto gigantesco, del cual dependía, como el lector verá, la perpetuidad de aquella casa y solar ilustre por el largo discurso de los siglos; trató de casar á su hijo con una hembra de la familia de aquellos sus parientes, á la sazón poseedores del mayorazgo, y residentes en Córdoba, aunque su habitual morada era Madrid. No era obstáculo para esto la niñez, más bien moral que física, de D. Diego, pues siendo entonces costumbre emparentar lo más pronto posible á los mayo-

razgos, los casaban fresquitos y antes que tuvieran tiempo de asomar las narices por las rendijas de la puerta del mundo, donde, al decir de D. Paco, no había sino perdición y desvanecimiento para la juventud, porque las dulzuras de la copa de los placeres duraban breves instantes, mientras que sus amargas heces transcendían por luengos años.

Pero alguien hubo de producir trastorno en los planes sabiamente trazados por Doña María y sus ilustres primas; desconcertólos Napoleón, Emperador de los franceses, al poner sus ojos en esta joya del continente y al invadirla. La guerra, aquella santa guerra de que no nos muestra otro ejemplo la historia en tiempos cercanos, obligó á suspender éste como otros proyectos, y Doña María, aragonesa y muy patriota, hubo de llamar á D. Diego, y desde lo alto de su sitial le aterró con estas palabras, confiadas después á mi discreción por D. Paco:

—Hijo mío, mucho te quiero. Tu muerte no sólo nos mataría de pena, sino que aniquilaría nuestra casa y linaje. Eres mi único varón, eres el alma de esta casa, y, sin embargo, es preciso que vayas á la guerra. Sangre valerosa corre por tus venas, y es muy bien segura de que á pesar de tus pocos años dejarás en buen lugar el nombre que llevas. Todos los jóvenes se deben á su rey y á su patria, y estos terribles días en que un miserable extranjero se atreve á conquistar á España. Hijo mío, mucho te amo; pero prefiero verte muerto en los campos de batalla y pisoteado por los caballos

franceses, á que se diga que el hijo del Conde de Rumbler no disparó un tiro en defensa de su patria. Los hijos de todas las familias nobles de Andalucía se han alistado ya en el ejército de Castaños; tú irás también, con una escolta de criados, que armaré y mantendré á mis expensas mientras dure la guerra.

Al decir esto, la marmórea cara de Doña María no se inmutó; pero Asunción y Presentación lloraron á moco y baba. El joven palpitó de entusiasmo al tomar parte en un juego que no conocía, y que, visto de lejos, es muy bonito.

Nosotros llegamos precisamente cuando se estaban haciendo los preparativos y el equipo de guerra del mayorazgo. Todos trabajaban en aquella casa, y no eran las menos atareadas las hermanitas del señor Conde, porque á más de la delicadísima ropa blanca que con sus propias manos y bajo la inspección de su madre aparejaron, poniéndola con mucho orden en las gruperas, se ocupaban á toda prisa en arreglar unos muy lindos escapularios, no sólo para él, sino para todos los de la comitiva.

No sé qué aquellos preparativos tenían de semejante con los que se hacen para mandar á un chico al colegio; verdad es que nada hay tan instructivo y despabilador como un campamento, y por eso decía D. Paco que la guerra es maestra del ingenio y domesadora de las impetuosidades juveniles.

Marijuán fué destinado á acompañar al señorito. Con él y otros criados formóse una legioncilla de cinco hombres; mas sabedora Do-

ña María de que otros jóvenes de familias ricas de Baeza, Bujalance y Andújar habían llevado hasta diez, mandó que se aumentara aquel número, fijándose al instante en Santorcaz y en mí. Se nos ofrecía una peseta diaria, además de lo que cayera si volvíamos con vida y salud. Mi compañero y yo nos miramos, consultando con elocuente silencio el aspecto de nuestras respectivas fachas. Hallábamonos ambos muy derrotados; y con aquella escrutadora penetración que da la carencia de posibles, cada cual conoció la escualidez y vanidad de la bolsa del otro. Santorcaz opinó que yo debía aceptar el enganche, y yo fui del mismo dictamen respecto á mi amigo; Doña María ofreció equiparnos, mudando nuestras ropas por otras nuevas y mejores, y además comprometíase á mantener por algún tiempo á los que ya comenzaban á tener dudas acerca del pan que comerían al llegar á Córdoba. No vacilamos, y henos convertidos en soldados de caballería, prontos á incorporarnos al reducido, pero brillante ejército de San Roque. Comprendí que aquél era mi destino, y que para el fin que á Córdoba me llevaba, más me convenía penetrar en esta ciudad como soldado obscuro que como desalmado y andrajoso vagabundo. Santorcaz se decidió después de meditarlo mucho, dando paseos en la habitación donde se nos había albergado. Una vez resuelto á ello, pareció muy alegre, y le oí pronunciar algunas palabras que me demostraron la agitación de su alma por causas para mí desconocidas entonces. Luego expuso á Doña María que no partiría de Bailén,

hasta no recibir unas cartas que esperaba de Córdoba y de Madrid, relativas á sus intereses, á lo cual accedió la señora, diciéndole que permaneciese en la casa hasta cuando quisiera, con la condición de incorporarse después á la escolta de D. Diego si ésta salía antes.

No tardó mucho el día de la partida. El joven mayorazgo estaba vestido del modo siguiente: una ancha faja de seda color de amaranto le ceñía el cuerpo; sus calzones de ante se ataban bajo la rodilla, y sobre las medias de seda llevaba gruesas botas de cordobán con espuelas de plata. El marsellés de paño pardo fino con adornos rojos y azules daba singular elegancia á su cuerpo, así como el ladeado sombrero portugués, con moña de felpa negra y cordón de oro. Guarnecía su cintura sobre el fajín lo que llamaban charpa, y era un ancho cinturón de cuero con diversos compartimientos ocupados por dos pistolas, un puñal y un cuchillo de monte, de modo que llevaba el niño en los lomos un completo arsenal, propio para hacer frente á todas las circunstancias imaginables.

Ocupábanse la madre y las hijas en arreglar los últimos pormenores del vestido, ésta cosiendo el postrer botón, aquélla poniendo un alfiler á la cinta del sombrero, la otra calzando la espuela al mozo, cuando Doña María dijo con la viveza propia del que recuerda de improviso la cosa más importante:

— Falta lo principal: falta la espada.

Al punto las miradas de todos fijáronse con cierto respeto en un venerable armario de año-

jo roble que en el testero principal de la habitación desde largos años existía. Acercóse á él la señora Condesa, y abriéndolo, sacó una espada larguísima, con su vaina y tahalí, las tres piezas muy marcadas con el sello de honrosa antigüedad. Desenvainó el acero la propia Doña María con gesto majestuoso, aunque sin ninguna afectación de brío varonil, y luego que lo hubo contemplado un instante, volvió á meterlo en la vaina, entregándolo después á su hijo. Era una hermosa hoja toledana de cuatro mesas y de una vara y seis pulgadas de largo. En la cazoleta ó taza cabía holgadamente un azumbre, y sus gavilanes nielados de oro, lo mismo que el arriaz, daban aspecto artístico y lujoso á la empuñadura. Tenía en las dos fachadas del puño el escudo de los Rumblares, y en el pomo una cabeza con la empresa del armero toledano Sebastián Hernández. En la hoja, algo roñosa, se podía deletrear, aunque con trabajo, la inscripción grabada en uno de sus lados: *Pro Fide et Patria, Pro Christo et Patria, Pro Aris et Focis, Inter Arma silent Leges.*

Colgóse al cinto esta poderosa ilustre tizona el joven D. Diego, para cuyas manos era peso exorbitante; mas él, orgulloso de llevarlo, hizo un gesto poco favorable á los propósitos del invasor de España, y se preparó á salir. Prorumpieron en copioso llanto Asunción y Presentación, lo cual dió al traste con la forzada entereza del Condesito, destinado á ser el terror de la Francia, y pasando de los pucheros á los hipidos, y de los hipidos á una violenta explo-

sión de lágrimas, atronó la casa por espacio de un cuarto de hora. Ni por esas perdió Doña María su serenidad, hablando á su hijo de asuntos extraños á la guerra.

—Lo primero que has de hacer cuando llegues á Córdoba es visitar á mis primas y entregarles estas cartas. Mira, aquí van las señas de su palacio. Harto sentimos que no pueda celebrarse la boda concertada; pero Dios lo quiere así, y la patria es lo primero. Algún día será. Dí á esas señoras que si vuelven pronto á Madrid, no les perdono que pasen sin detenerse algunos días en ésta su casa.

Luego, tomando distinto tono, habló así:

—*Hijo mío, cuidado con lo que haces. Observa la mejor conducta: mira que vas á combatir al enemigo y á defender la Religión, la Patria, el Estado y el Rey. Si cobarde vuelves la espalda, no vuelvas jamás á mi casa, ni te acuerdes nunca de tu madre, ni cuentes ya con su tierno cariño... Su indignación, su aborrecimiento eterno: he aquí la recompensa que te aguarda.*

He subrayado estas palabras porque son puntualmente históricas: constan en papeles impresos de aquel tiempo, que puedo mostrar al que verlos desee. La mujer que las pronunciara (pues no fué Doña María, y el atribuirlo á ésta es de mi exclusiva responsabilidad) añadió lo siguiente, dirigiéndose á otras madres que despedían á sus hijos en las puertas del pueblo: —*Compañeras, si en las batallas llegan á morir todos los hombres, triunfaremos nosotras* (*).

(*) Esto pasó en Mérida en 23 de Junio.

Salimos de la casa, tomando cada cual la cabalgadura que se le había destinado, juntamente con un sable y dos pistolas. El bagaje se repartió entre todos. Un criado antiguo se había encargado del dinero, otro llevaba las ropas del señorito; Marijuán llenaba sus alforjas con abundantes provisiones, y en mi grupa pusimos varios encargos y las cartas que D. Diego debía entregar en Córdoba. Cuando yo las acomodaba en mi equipaje, pude ver de soslayo los sobres, y me quedé frío de sorpresa y casi diré de terror: leí los nombres de Amaranta, de la Marquesa su tía y del señor diplomático.

Santorcaz, que aún no había recibido lo que aguardaba, se quedó prometiendo juntarse con nosotros al día siguiente ó á los dos días. Yo le ví muy pensativo y tétrico, las manos á la espalda, paseando por el portal de la casa cuando salíamos de ella. Hasta fuera de la villa fué en nuestra compañía D. Paco, el cual recordaba á su discípulo las máximas de Alejandro sobre la guerra, recomendándole una y otra vez que las pusiera en práctica al pelear contra los franceses, y que cuidase de sostener siempre el orden oblicuo disponiendo una segunda línea para asegurar las espaldas y los flancos, porque á esto—decía—debió el gran Macedonio que siempre quedaran victoriosas sus difalanganquias y tetrafalanganquias.

Con tan sabia máxima, que el heredero de Rumbler juró cumplir al pie de la letra, despidióse D. Paco, y seguimos nuestra marcha

muy contentos. No tomamos el camino real desde Bailén á Córdoba por no tropezar con la retaguardia del General Dupont, ó con los muchos destacamentos que había dejado en todos los pueblos, y en vez de las diez y ocho leguas y media de que consta aquella vía, tuvimos que andar unas veinticuatro, pues en nuestro rodeo fuimos á Menjibar; desde allí, por Torre Jimeno, siguiendo un detestable camino de herradura, pasamos á Martos, y de Martos, por Alcaudete y Baena, fuimos á buscar en Castro del Río la margen derecha del Guadajoz, que nos condujo á las inmediaciones de Córdoba.

Al salir de Bailén supimos la derrota de los paisanos y soldados de regimientos provinciales en el puente de Alcolea, y en Alcaudete nos dieron otra terrible noticia, referente á la entrada de los franceses en Córdoba y al saqueo de aquella hermosa ciudad. Esto y el encuentro de algunos dispersos de la partida de Echevarri nos inclinó á tomar el camino de Ecija; pero el día 16 supimos que los franceses habían evacuado á Córdoba; y adoptando nuestro primitivo itinerario, divisamos en la mañana del 18 un inmenso caserío blanco, que destacaba sobre el verde azul de la lejana sierra infinidad de torres, minaretes, espadañas y cimborrios.